

DOCUMENTOS

Discurso en la Universidad Jaguellona

Por Santiago DANTAS

Excelentísimo señor rector, señor decano, señor promotor, señores profesores y estudiantes, señoras y señores:

No les será difícil, queridos colegas, comprender los sentimientos que me embargan por el honor que me confiere la Universidad Jaguellona al imponerme el título de *doctor honoris causa*.

Esta Universidad es famosa en todo el mundo desde hace muchísimo tiempo; su fama atraviesa el océano. Es considerada como una de las más antiguas y respetables casas de estudio que han trabajado por el futuro de la cultura humana, y también como uno de los centros de desarrollo del pensamiento humano.

Hay pocas universidades en el mundo que hayan hecho una aportación tan importante a las transformaciones radicales de la cultura mundial. Vuestra Universidad goza de ese privilegio, y el nombre de vuestro gran compatriota, Nicolás Copérnico, es el símbolo de esas transformaciones. Con respeto y admiración miran a vuestra Universidad no solamente Europa, sino también las universidades de América, las universidades de Brasil, y entre ellas la Universidad de Río de Janeiro, que tengo el honor de representar. Contamos a la casa de estudios de Cracovia entre los grandes centros de la ciencia, hacia los que se dirige nuestro pensamiento cuando reflexionamos acerca de la importancia y la responsabilidad de la universidad en el mundo moderno, ya que allí es donde deben surgir nuevas ideas y nuevos derroteros del pensamiento.

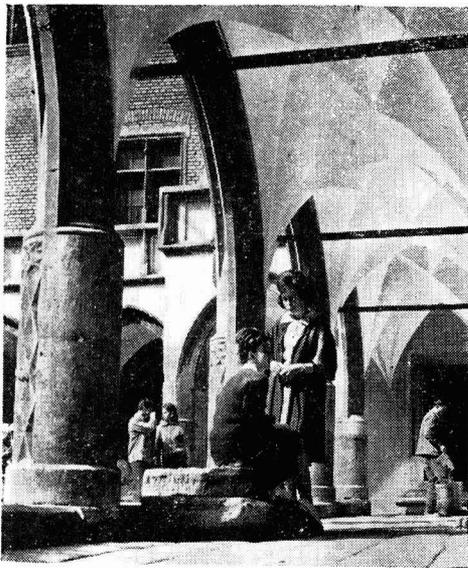
Quiero asegurarle, señor decano, que el haber recibido el título de *doctor honoris causa* de la Facultad de Derecho es para mí un honor. Fue precisamente en la facultad de derecho donde inicié mis actividades sociales y allí se formó mi mentalidad y mi visión del mundo. El estudio del derecho acerca a la gente y hace que se una en un trabajo común por la misma causa, por los mismos ideales.

Como profesor de derecho civil, formé mi mentalidad en el derecho romano, en el Código de Napoleón del siglo XIX, que puso los fundamentos de toda la moderna cultura legal. Dentro de esa ciencia, en ese sistema intelectual del que surgió la dogmática legal de nuestros tiempos, los grandes hombres que crearon el sistema legal de mi país y aquellos que levantaron los monumentos de la cultura legal polaca, encontraron un lenguaje común desde hace mucho tiempo; ese lenguaje común que nos da la seguridad de que los cambios que acontecen en el mundo, y las transformaciones de la cultura y de las sociedades, nunca traicionarán las profundas bases comunes de nuestro pensamiento y de su destino.

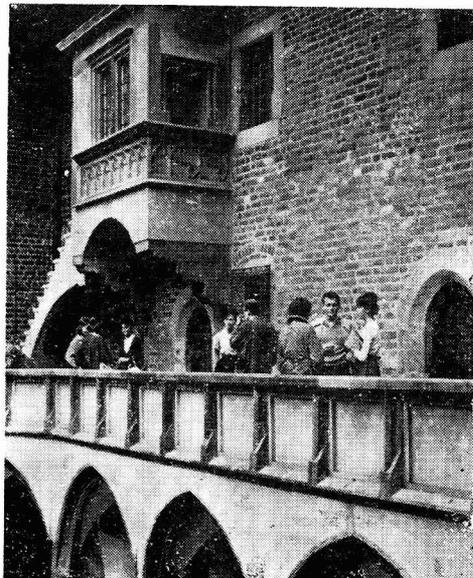
Tanto vosotros que estudiáis aquí en la Universidad Cracoviana, cuyo origen se remonta al siglo XIV, como nosotros que estudiamos en las universidades brasileñas, fundadas mucho después, ya en el siglo actual, todos trabajamos apoya-

dos en la misma herencia. Los trajes que llevamos, esas togas que hoy nos adornan, salieron del mismo pasado, de las mismas fuentes. En América Latina se hizo la prueba — hoy coronada por el éxito — de trasplantar la cultura europea a un nuevo ambiente y de extenderla en pueblos recién surgidos. Esa prueba se hizo en la época en que vuestra civilización se encontraba en pleno florecimiento. Esa herencia común en el terreno del derecho nos ayudó a comprender la organización de la vida político-social en nombre del mismo principio de la legalidad, que para el mundo ha sido el símbolo inseparable del concepto de civilización.

Es natural que países como Polonia y Brasil, a los que une la herencia común y la similitud en todos los momentos críticos de la historia, puedan desarrollarse dentro de tendencias en parte iguales y en parte distintas, puesto que cada uno de nuestros pueblos, cada uno de nuestros países expresaba su realidad histórica de una manera distinta. El Brasil de hoy ve al mundo actual del mismo modo como lo ven vuestros hombres de Estado, vuestro pueblo y vues-



"entre los grandes centros de la ciencia"



"su origen se remonta al siglo xiv"

tros intelectuales. Es decir, un mundo subordinado a la idea de la paz. Nos damos cuenta de que la conservación de todo valor, de toda la vida en la tierra, depende en nuestros tiempos de la capacidad de asegurar la paz. Las generaciones anteriores también condenaban las guerras y amaban la paz. Sin embargo, existe una diferencia entre el concepto anterior y el actual del pacifismo. En los tiempos pasados la paz era un ideal al que se adelantaban otros ideales, y se aceptaba que en ciertas situaciones la nación o el hombre de Estado podían escoger la guerra como la única solución digna. Hoy no existe otra alternativa más que la paz. Tenemos que escoger entre la paz o el aniquilamiento. Por esa razón, todo lo que se vincula con la posibilidad de la guerra debe desaparecer. El rasgo característico de nuestros tiempos es el hecho de que el ideal de la paz dejó de ser un ideal relativo y se convirtió en absoluto.

El hombre que actúa contra la paz y que pone en peligro la causa de la paz es probablemente alguien que no conoce bien la realidad del mundo en que vive. Y si acaso tiene conciencia de esa realidad, entonces no se le puede calificar de otra manera más que como enemigo del género humano, como alguien que está dispuesto a condenar al mundo entero a la destrucción.

El pacifismo en su nuevo concepto no puede ser rechazado por ningún pueblo. Queda, pues, una sola política: la política del acercamiento, de la coexistencia pacífica, de la disminución y gradual eliminación de los antagonismos, esos antagonismos que todavía dividen a los pueblos del mundo.

Podemos aplicar nuestros propios sistemas, podemos basarnos en ciertos principios que para otros no tienen el mismo valor, pero sea cual sea el camino que haya escogido un pueblo, ese pueblo tiene la obligación de ponerse de acuerdo con aquellos que no piensan como él. Esa necesidad de acercamiento es el imperativo de nuestra época y solamente por medio del constante y sistemático estrechamiento de los contactos mutuos crearemos los fundamentos del mundo futuro.

Creemos que la victoria de los pueblos, que el porvenir de las sociedades dependen de nuestra habilidad de comprendernos, y que esa habilidad podrá desarrollarse solamente mediante contactos mutuos internacionales. Creemos que los hechos más que las ideas crearán en el futuro una sociedad donde desaparecerán todas las desavenencias y todas las discriminaciones.

Queridos colegas: durante siglos el mundo estuvo conforme con la imperfección de la vida social, porque no encontraba otra solución. Actualmente está en nuestras manos el poder emprender la prueba de construir una sociedad ideal.

Permítaseme expresar en esta vieja y benemérita Universidad la seguridad y el convencimiento de que el futuro de la humanidad está en nuestras manos, que estamos llamados para hacer la justicia, para crear una igualdad real. Esa fe en el futuro es la única base de la que puede brotar la verdadera cultura. Ninguna época, ningún pueblo, ningún hombre puede crear una cultura perenne si ésta se basa en la desconfianza. Los siglos levantaron y construyeron la verdadera cultura. Nuestra época no podrá

crear una cultura verdadera, no podrá dejar su herencia a las generaciones siguientes, si la persigue el convencimiento que al final de nuestro camino está la muerte y no la resurrección y la vida nueva. Polonia es para nosotros el ejemplo y el símbolo de la fe en una vida nueva. No es indispensable venir a vuestra tierra para convencerse de ello. Pero cuando se ve con los propios ojos el milagro del renacimiento polaco, vuestra confianza y perseverancia, vuestra capacidad para reconstruir y renovar la vida, entonces se da uno cuenta de que lo que ha hecho vuestro gran pueblo puede hacerlo toda la humanidad. Fortalecida precisamente con esa perseverancia en la fe de la victoria sobre la destrucción, toda la humanidad de nuestros días puede hacer frente al peligro que la amenaza y construir firmes bases para la sociedad del futuro.

Brasil desea colaborar en esa obra. La suerte de su numeroso pueblo, que se formó por el deseo de constituir una nación (lo que a menudo tiene más importancia que ser una nación), los ideales comunes constituyeron las bases de nuestra historia nacional, y en ello nuestros centros científicos, nuestra cultura, nuestras universidades —al igual que en vuestra tierra— tuvieron el papel decisivo.

Es lo que debemos recordar hoy todos. Las universidades vivieron periodos de gloria y de declinación. En la historia de la cultura humana hemos tenido periodos de grandeza de las universidades, como instituciones que supieron señalar derroteros al mundo. Pero también hubo épocas en que dominaban la mediocridad y la pobreza espiritual, cuando las universidades se encerraban en su profesionalidad, cuando los hombres de ciencia se convertían a menudo en limitados especialistas. El verdadero espíritu de la universidad, que consiste en la búsqueda de la verdad, se perdía entre otros asuntos. Como representantes de la universidad, como profesores, tenemos derecho de hablar claramente de estas cuestiones. La universidad de hoy tiene que ser más que nunca la vanguardia del pensamiento humano siempre fiel a la verdad. Esa fidelidad a la verdad le permitirá ocupar el lugar que tuvo en otros periodos de la historia, ponerse al frente del gran progreso histórico y abrir con amplitud las puertas de la vida para las generaciones futuras.

El título de *doctor honoris causa* de vuestra Universidad, las palabras pronunciadas por su excelencia el rector, por el señor promotor y por el decano de la Facultad de Derecho, son para mí una recompensa superior a mis méritos personales. Pero la recibo en nombre de esa comunidad del pensamiento universitario que hace que, tanto en América del Sur como en Polonia, seamos los paladines de la misma causa: la causa de la implantación de la justicia social y de la igualdad, de la eliminación de todo aquello que constituye privilegio y opresión, de la definición de la libertad basada en la verdad misma y en el reconocimiento de derechos iguales que son el patrimonio de todos y cada uno. A título de ello, desde ahora me sentiré, señor rector, no solamente el hijo de mi Universidad, sino también el discípulo de la Universidad Cracoviana.

ARTES PLASTICAS

I

Juan Soriano por Lupe Marín

Por Max AUB

La pintura es el milagro de ver las cosas con ojos de otro. El pintor ve, los demás miran lo que hizo. De algún tiempo a esta parte, los pintores decidieron —de segunda mano— que lo que había que representar era su entendimiento intuitivo y no lo demás, dando a lo suyo lo que antes era de unos y otros. De ahí la falta de interés de la mayoría de los cuadros abstractos, porque la mente de sus autores no da para más.

Las cosas en sí dan y daban base. Al apartarse de ellas la mayoría de la pintura no figurativa, un pie en el vacío, se derrumba al no tener en qué sostenerse. Caída sin remedio que vino a ponerse en manos de los decoradores, del comercio y de la industria; hurtándolas a las propias.

Por otra parte, cualquiera pinta, y bien. No importa para que sea mala pintura: los museos atestiguan. Hace mucho que se sabe que el pintar "es cosa mental". Por ende: los buenos pintores son inteligentes. Se pinta con la cabeza. Por eso nuestra época, que no tiene más ni menos personas inteligentes que otras, aunque nos multipliquemos que da gusto, por el idem, ha visto tanto pintor abstracto ignorar el objeto —el tema— intentando reducirlo a la nada, sin darse cuenta de que, aunque no quieran, sus telas son algo tangible. A la rémora de ciertas filosofías irracionales, tenían naturalmente que fracasar, por listos que fueran. La pura imaginación es de Dios, no basta creerse la divina garza. Sin con-

tar que, por lo visto, la cantidad de inteligencia que le cupo en suerte al mundo es invariable.

Aunque no se quiera, se está encastillado en su tiempo, poco en su propio ser. Tal vez es una injusticia y debiera haber obra diferenciada a primera vista de altos o bajos, gruesos o delgados, imberbes o con barba; pero se depende del saber de los demás que se le mete a uno por todos los poros y vamos dando bandazos según la moda. Sólo las copias, los pastiches bien hechos, pueden engañar. Juan Soriano no ha engañado nunca a nadie como no sea a sí mismo, como cualquiera que valga la pena. Si no hubiese influencias se seguiría siendo toda la vida niño de teta. Todos inventamos a la vez. Ahora bien, de cuando en cuando, por aquello de que somos hombres, aun sin darnos cuenta, protestamos intentando nadar contra la corriente. *Que voulez vous que cet artiste jette sur la toile? ce qu'il a dans l'imagination...* (Diderot *dixit*). Juan Soriano, nacido a la buena sombra de Renoir, se dejó llevar estos años últimos por el aluvión occidental; mas, de pronto, se agarró a un clavo ardiendo, y ardiente. Juan Soriano, revolviéndose, dijo "Tú", cuando el gran número grita "Yo".

En esta exposición¹ —notable por otros conceptos— lo más de ver es una mujer espada, desvelada, revelada desde cincuenta ángulos, según cincuenta maneras de ser de Juan Soriano.

¹ Galería Misrachi.



Lupe Marín por Juan Soriano — "El mejor cuadro de la exposición"